

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

**TOMO III. — NUMERO 10.**

## SUMARIO:

- I. Plumadas, por Juan Bertis — II. Pintura, Música y Poesía (poesía), por Antonia Galindo — III. Influencia del cristianismo en el Derecho Civil de los aomanos, por Juan Gomar — IV. Fulmen. — V. Risa amarga — VI. Confrontación — VII. Bibración (poesías), por J. A. D. — VIII. El Porvenir, por Víctor M. Jerez IX. A Rafaela (poesía), por Margarita — X. Libertad de enseñanza, por Bayona — XI. Notas íntimas [poesía], por J. Antonio Solórzano — XII. Ecos naturales, por Rafael E. Chávez — XIII. Ojos Verdes [poesía], por Salvador Díaz Mirón — XIV. Marina, por Jorge — XV. Sobre la Mujer, por Calixto Mixco — XVI. La losa número 13, por Adolfo Castro — XVII. Notas — XVIII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.

Octubre de 1891.

# "LA JUVENTUD SALVADOREÑA".

SE PUBLICARÁ CADA MES.

PRECIO DE VENTA: NÚMERO SUELTO,  $\frac{1}{2}$  REAL.

SUSCRICION POR AÑO, 5 REALES.

Se expende en esta capital en los puntos siguientes:

En casa del Administrador. || Farmacia de J. Revelo y C<sup>a</sup>  
Farmacia Central de M. Palomo y C<sup>a</sup> ||

En los Departamentos en las Agencias siguientes:

Santa Tecla	D. Salvador Flamen-	Suchitoto	Dr. D. Francisco A. Reyes
	eo.	Zacatecoluca	„ „ Timoteo Liévano.
San Vicente	„ Vicente Samayoa.	Olocuilta	„ „ J. Santos Buitrago
San Sebastián	„ Federico R. Molina	Gotera	„ „ Leandro Villatoro
Usulután	„ Baltasar Parada.	Tejutla	„ „ Marcelino J. Her-
Santa Ana	Sr. „ Camilo Arévalo.		nández.
San Miguel	Dr. „ Rafael S. López.	Chinameca	„ „ Vicente Machuca.
Sensuntepeque	Br. „ Arturo Revelo.	La-Unión	„ „ Francisco Rosales
Chalchuapa	Dr. „ Rafael Antonio O-	Opico	Coronel „ Juan J. Artiaga.
	rellana.	Izalco	„ Cosme Ramos.
Atiquizaya	„ Antonio Morán.	San Rafael	„ Jesús Mejía.
Sonsonate	„ Rubén Rivera.	Jayaque	„ Pilar Muñoz.
Sonsonate	„ „ Carlos A. Imendia	Armenia	Br. „ Domingo Valle.
Cojutepeque	„ „ Joaquín Revelo.	Tecapa	Dr. „ Ramón Bautista.
Ilobasco	„ „ Joaquín Choto.	Comasagua	„ Jesús Reinado.
Santiago de María	„ Casimiro Donna-	Guazapa	„ Leandro Mayorga
	dieu.	Nejapa	„ Inés Najarro.
El Progreso	„ Juan Ant <sup>o</sup> Monroy		
Metapán	„ Moises Ruiz.		

Tegucigalpa (Hon-	Br. D. Rafael Alvarado.	Guatemala	D. Ramón P. Molina.
duras).	„ Jesús Sagastum.	Masaya (Nicaragua)	„ Carlos B. Molina.
„ „	„ Enrique Paz.	Chichigalpa (Nicaragua)	D. Bernardino
Santa Bárbara	„ „	Benavides.	
Santa Rosa	„ Lic. „ Rómulo E. Durón.		
Comayagua	„ „ Hermógenes No-		
	lasco.		

Se solicitan **Agentes** en todos los otros lugares de dentro y fuera de la República, no comprendidos en el cuadro anterior.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO III |

SAN SALVADOR, OCTUBRE DE 1891.

| NUM. 10

## PLUMADAS.

La Ideología en el sentido completo y legítimo de la palabra es la ciencia de las ideas consideradas en sí mismas y como simples fenómenos del espíritu humano. Ella no discute pues, como la Lógica, su legitimidad; no investiga, como la metafísica, los indicios acerca de la naturaleza del ser creado en que residen, ni sobre los atributos del ser increado de quien emanan á juicio de varios filósofos. Pero mientras es menor su extensión, es mayor su certidumbre. En efecto, que nuestras ideas sean verdaderas ó falsas, que las miren unos como los reflejos de la luz divina, y otros las reputen como esplendores falaces en que nos envuelve un genio maléfico, sin advertirlo nosotros, nada importa: porque siempre se puede sostener con absoluta seguridad, que ellas existen en el espíritu, sea cual fuere la ocasión con que aparezcan allí: lo cual basta sin duda, no solo para reconocerlas como simples hechos, sino aun para notar sus mutuas relaciones y las que guardan tam-

bién con los signos que las representan.

En vista de lo que acaba de exponerse, todo el mundo convendrá en que la Ideología no es ni puede ser una ciencia nueva, como tantos lo han pretendido. Ciertamente es que la Ideología no puede venir al mundo de las ciencias sino desde que los filósofos, menos dependientes del mundo concreto, pudieron considerar separadamente las ideas, prescindiendo al mismo tiempo de sus causas productoras y de sus varios objetos; pero también lo es que desde Sócrates á esta parte no se hecha de menos la Ideología en los libros de los metafísicos.

Cuando los filósofos del siglo XVIII, queriendo caracterizar lo que había sido la metafísica en los siglos precedentes, la pintan como un verdadero caos, alzándose con el título de inventores en una cosa tan vieja, apenas es creíble que hablen con sinceridad. ¡Qué! cuando Platón describe la escala que recorre la dialéctica, colocando en el primer grado los objetos sensibles y los diversos matices de afirmación que á ellos corresponden, en seguida, las ideas matemáticas

con los conocimientos razonados que de ellos se derivan; más arriba las ideas absolutas que el alma contempla en una vida mejor, y á las cuales en esta no se aproxima sino con el amor; y por último en la cumbre de todo, la idea del bien, sol del mundo inteligible, fuente de toda luz y de toda belleza; preguntamos: esta teoría admirable, aun cuando no parece sino aventurera, ¿no es la Ideología sin portada y sin fondo? Cuando Aristóteles más platónico que lo que creía, distingue tres fuentes de conocimientos, *la experiencia, el raciocinio*, y la razón, y de este simple dato aquel incomparable analítico hizo salir sus tratados inmortales, cuyo conjunto constituye el organum ¿es ó no es esta la buena *Ideología*? Mas, ¿para qué citar nombres cuando es palmario que ningún sistema filosófico, dejaría de estar arrojado al aire sino fuese colocado, como sobre una base indispensable, en una teoría sobre las ideas? ¿Dónde estaría la lógica sin el conocimiento de la inteligencia y sus fenómenos? ¿Cómo determinar el humano destino, si no se comprenden los elementos primitivos y fundamentales de toda la humanidad? ¿Dónde iríamos á sorprender la dignidad del hombre, si no nos fuese dado verla en el ordenado conjunto de todas sus ideas? ¿Cuál es, finalmente, la última garantía que tenemos de la existencia del mismo Dios y de las verdades de la religión natural, si no el carácter propio y la especial fisonomía de algunas de nuestras ideas? Conclúyese de aquí que la Ideología ni es tan nueva como se ha creído, ni tan antigua como podría creerse.

¿A qué atribuir pues la seriedad con que la escuela sensualista, sin hacer otra cosa que clasificar en cierto sentido la inteligencia y sus efectos, aspiró al honor de brindar

con una ciencia nueva á la República de las letras? De una ilusión analítica.

Tomando por separado, como un objeto de examen, la Psicología, presentando en un orden sucesivo algunos de esos puntos que en ella figuran como consecuencias y en la lógica como preliminares, y apelando por último al vocabulario griego por una palabra que significase exámen y su objeto. dijeron entre sí "hagamos una ciencia;" y la Ideología se anunció con todas sus pretensiones. Mas tarde la Ideología quiso invadirlo todo, y por un procedimiento contrario, el celebre Tracy incorporó dentro de sus linderos la *Gramática* y la *Dialéctica*. Parecióle poco, y arrastró á su gran tratado de Ideología la voluntad y sus efectos. Nadie ignora que la economía política de este filósofo salió de un libro de *Ideología*. ¡Rara coincidencia! la economía política invadiendo el mundo abstracto, y el erario público muriendo de consunción. El hecho es que Napoleón, más positivo que metafísico, les tuvo más miedo á los ideologistas que á los revolucionarios; y fué necesario todo el prestigio de la gloria militar y del poder triunfante, para que las escuelas ideológicas cayeran de aquel predominio que habían logrado ya sobre la opinión pública y que empezaban á desenvolver sobre la sociedad.

En cuanto á la filosofía práctica, la *Ideología*, enarbolando su bandera en las escuelas sensualistas, no se detuvo en sus avances hasta destruir los dos más nobles objetos que habían ocupado de cincuenta siglos atrás la razón de los pueblos; Dios y el espíritu humano. Condillac, deseoso de sacarle algunas ventajas á Locke, animó una estatua para explicar los fenómenos de la inteligencia, reduciéndolo todo á la sensación trasformada. Fácil

era concebir que absorbido todo el hombre por los sentidos, la materia inerte se animaría con los últimos calores del espíritu moribundo, y el materialismo reemplazaría toda la metafísica. Sometido el espíritu á las condiciones de la materia, Dios no podía figurar en la idea, ni su ley en la naturaleza. ¿Qué resultó de todo esto? una *metafísica material* anunciada en el tratado de las sensaciones; una *Ideología fisiológica*, representada en las *Relaciones de lo físico moral del hombre*; una teoría de las virtudes formulada en el egoísmo, bajo el título de *Moral universal*; una economía política imaginaria, bajo el título de *la voluntad y sus efectos*; una legislación sin Dios, promulgada en la filosofía del Derecho bajo el título de *Tratados de legislación civil y penal*. En fin, tratando de perfeccionar la ciencia, dilatar la esfera del pensamiento, analizar las ideas, mostrar más al claro la alta dignidad del hombre, fecundar los elementos de la riqueza pública, dar un código á la conducta, un derecho á las naciones, un espíritu á los pueblos y unas garantías á la sociedad, el mundo sufrió un ataque de muerte: todo quedó reducido á las condiciones de la materia; el espíritu perdió su carácter; Dios fué destituido por los filósofos; y todo habría concluido en lo absoluto, si la verdadera filosofía reanimada en su sepulcro al soplo regenerador del catolicismo, no hubiese vuelto las cosas á sus localidades, las ciencias á sus objetos con solo restituir á su antiguo rango la metafísica y la moral, tristemente aniquiladas con la *Ideología* en las escuelas sensualistas.

Obsérvese de paso cómo en esta gloriosa reacción de los principios sobre las hipótesis está bien representado el triunfo del sentido común sobre la filosofía, el de los conocimientos vulgares sobre las in-

venciones: así sucede siempre; desde sus alturas lanza Dios una sonrisa sobre los delirios de la razón humana, y al cabo de algunos instantes de boga pasajera, toda filosofía emancipada de la *idea religiosa* vuelve á entrar, como á su sepulcro, al grito de la opinión pública ilustrada por el sentido común, inspirada por la fe y regida por la autoridad, á los viejos archivos donde la crítica tiene relegados ya todos los delirios del espíritu humano.

San Salvador, octubre de 1891.

JUAN BERTIS.

### Pintura, Música y Poesía.

En alas de la ardiente fantasía  
Miguel Angel sorprende á la Beldad  
Cuando en la mente de Jehová dormía  
Como un sueño con formas de verdad.

\*

Bellini nos habló en ese lenguaje  
De la nostalgia de un Edén perdido,  
Himno de amor que entona en el follaje  
El céfiro á las flores, conmovido.

\*

Dá Erato á las imágenes acento  
Uniendo á la palabra la armonía,  
Y enlazados belleza y sentimiento  
Resultó de su unión la Poesía.

\*

¡Triple artista, oh poeta, en este suelo  
Sueña y canta tu idioma y el del cielo!

ANTONIA GALINDO.

### INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO

EN EL DERECHO CIVIL DE LOS ROMANOS.

(Continuación.)

Véase el n.º 6. tomo II.

¡Qué horribles crímenes se cometen á cada momento! Cuántas veces la muerte del esclavo en los circos de fieras, era objeto de las diversiones del pueblo!

Estaban pues, destinados los esclavos á sufrir, sin amparo alguno que los librase de la desdichada suerte que les esperaba.

Refiérese que Quinto Flaminio, senador romano, por divertir á un amigo hizo dar muerte á un esclavo; que Polión alimentaba sus animales con la carne de los esclavos, á quienes con este fin mandaba matar.

Multitud de casos de terribles crueldades se encuentran en la historia, que causa pena recordar.

Llegó á tanto la crueldad, que Nerón, á pesar de sus instintos negros y salvajes, si así podemos decir, quiso suavizar siquiera en algo su desgraciada suerte, prohibiendo por la ley Petronia que los dueños de esclavos entregasen á éstos para combatir con las fieras.

Todo esto ocurría en la nación romana desde el año 752 antes de la Era cristiana, hasta la caída de la República. El derecho fué perdiendo su excesivo rigor y aunque en teoría existiesen las leyes injustas de que hemos tratado, en la práctica perdían terreno. En el reinado de Augusto se suavizaron aquellas leyes y se implantaron grandes reformas.

Sin embargo, la legislación vacilaba y su estabilidad era por consiguiente insegura hasta los tiempos del Emperador cristiano Constantino el Grande, que cubrió sus sienes con inmarcesible gloria mejorando notablemente la Jurisprudencia.

Veamos ahora los grandes progresos del cristianismo que derramó su luz purísima en el corrompido Imperio Romano, que entregado al lujo, á los placeres, y á la más completa inmoralidad, no caminaba sino hácia su decadencia hasta llegar al abismo. Dos grandes géneos á quienes la historia ha grabado con caracteres indelebles en sus páginas, figuran

después del tiempo de la barbarie levantando al pueblo romano con sus sabias y edificantes leyes, de la abyección en que se encontraba. Constantino y Justiniano, cuyo recuerdo es venerable y placentero.

Estableció Constantino la jurisdicción eclesiástica, para lo cual invistió á los obispos de muchas facultades, á fin de que interviniesen en las diferencias que se suscitaban entre los ciudadanos, pues las formalidades de los juicios eran excesivos y casi siempre daban lugar á que la injusticia y la mala fé triunfasen. Esto dió por resultado opimos frutos, pues los obispos, con su moral evangélica, revestidos de la imparcialidad y de la buena fé, muy instruidos en la Jurisprudencia y dotados de un fondo inagotable de caridad, dictaban sus decisiones de acuerdo con la justicia, cuyos sagrados principios jamás mancillaban. El matrimonio se elevó entonces á la dignidad de sacramento, alcanzando la iglesia el triunfo de la pureza de las costumbres sobre el sensualismo desenfrenado, el triunfo del amor de los cónyuges sobre el poder tiránico que el esposo ejercía en su esposa.

El concubinato que, bajo ciertas condiciones había sido permitido á los romanos, fué objeto de atención especial de parte de Constantino, que, aún con medios indirectos, intentó extirparlo: al efecto concedió la legitimidad á los hijos nacidos de concubinos, si estos contraían matrimonio, prohibió que á estos hijos, lo mismo que á sus madres, se les diese algo por donación ó por testamento. También prohibió á las personas de alta dignidad, el concubinato.

Restringió el poder paterno, calificando como parricida al que matase á su hijo, ordenó se impusiese la pena correspondiente al delito: concedió al hijo que todavía estaba en la patria potestad, el dere-

cho de propiedad de los bienes que su madre le heredaba, dando al padre solo el usufructo.

Estableció también que el Fisco, atendiese en todo caso la necesidad del padre que, por salir de la indigencia y facultado por las leyes, trataba de vender á su hijo.

Mejóro en mucho la condición de la mujer, concediéndole algunos derechos y privilegios, á fin de sacarla de la profunda postración en que se encontraba, encaminándola de este modo por el sendero de la virtud, y poniendo un dique á la depravación de sus costumbres, que cada día tomaba mayor incremento. Con estas saludables y benéficas medidas era indudable que el envilecimiento y la degradación tendrían que apartarse de ella, que cuando se llegase el caso, sería una buena esposa, una mujer digna, capaz de resistir al capricho del hombre infame que, despertando su ambición con el oro ó la grandeza, ó excitando sus pasiones, trataba de seducirla para abandonarla después y dejarla entregada á los vicios.

Uno de los derechos que Constantino concedió á la mujer fué el de poder heredar en la tercera parte de la herencia á sus hijos, cuando concurría con tíos aguados y con hijos y nietos de éstos, derecho de que anteriormente no se gozaba.

Pasemos ahora á la esclavitud y veamos en ella los progresos del cristianismo, que aunque intentó extirparla no le fué posible. Sin embargo mejoró notablemente la suerte de los esclavos.

Constantino impuso la pena señalada al homicidio al señor que diese muerte á un esclavo; estableció además la manumisión en las iglesias, en presencia del pueblo y de los obispos. Más tarde, Justiniano quitó las restricciones que en los primeros tiempos del imperio

tenía la manumisión, estableciendo que los señores pudieran manumitir á sus esclavos ya en vida ó por testamento, y que ésta tuviese la más completa libertad, quedando por consiguiente extinguidas las diferencias que anteriormente existían. Justiniano concedió también á las madres la tutela de sus hijos; y una de las reformas más trascendentales que hizo en las leyes y que le llenó de gloria, fué la de las sucesiones intestadas, que anteriormente tenían por fundamento la potestad y no el parentesco, lo cual contrariaba abiertamente la ley natural.

Estableció el órden de sucesión del modo siguiente: eran llamados primeramente á ella, los descendientes, ya estuviesen en ó fuera de la patria potestad; en seguida y á falta de aquellos heredaban los ascendientes, no habiendo preferencia entre la línea paterna y materna; y si habian hermanos dividían la herencia con los ascendientes por mitad.

En defecto de los ascendientes, tomaban la herencia los colaterales de grado más próximo, y gozaban de iguales derechos las líneas masculina y femenina.

Esto solo, basta para inmortalizar la memoria de estos dos grandes hombres, que no trataron sino de hacer la felicidad de su pueblo, dictando sabias leyes que, en consonancia con su acendrado amor patrio, y basados en los hermosos principios de la justicia, eran inespugnable baluarte contra la decadencia del imperio, que se veía amenazando ruina.

La Jurisprudencia romana alcanzó pues grandes laureles, debido al cristianismo, que sino pudo exterminar por completo las malas leyes, producto de la ambición bastarda de los tiranos, y de las preocupaciones del tiempo, supo al menos templar sus rigores.

La libertad, la igualdad y la fraternidad, estos tres grandes y sublimes principios, lograron mediante su influencia recuperar la mayor parte de lo perdido en aquellos tiempos, cuyo recuerdo es tan pesaroso.

La religión de Jesucristo, que sacrificó su vida por salvar á la humanidad, cuyos hermosos y saludables principios encierran lo que constituye la felicidad del hombre, no podía menos que cambiar la suerte de aquel gran pueblo, que, arraigado en la corrupción más espantosa, caminaba á su completa destrucción. Su influencia en las instituciones fué, pues, muy benéfica, y el derecho antiguo, que estaba plagado de grandes errores y escrito con sangre, fué regenerado, sirviendo en seguida de modelo á todas las legislaciones.

San Salvador, mayo de 1891.

JUAN GOMAR.

### FULMEN.

No mates como el brazo que en las sombras  
Con insociable saña acecha aleva,  
Pero más ruin que aquel y más cobardo  
Es el tuyo que mata moralmente  
Y que á la faz del mundo, entre el incienso  
De adulación mezquina, entre oropeles  
De necio poderío, te levantas  
Y al corazón honrado, torpe, hieras:  
Aquel es el ruñán y va al patíbulo,  
Tú, el augusto señor, y nervos tienes.....!  
La sociedad, en su injusticia, es cuerda  
Dejándote la vida, porque, entiende  
Que, al despertarse un día, tu conciencia  
Ha de darte el castigo que mereces!

### RISA AMARGA.

Atruená el circo en clamores loco  
De gritos, carecajadas y de aplausos.  
La muchedumbre alegre aclama al héroe:  
¡Es el triunfo brillante del payaso!

Hay que hacerla reír: un nuevo chiste,  
Una sátira más ó voltereta.  
Si es el pan cotidiano y es preciso  
Sin excusa al instante complacerla.

Termina el espectáculo y, sin tregua,  
Se lanza como loco por las calles  
En traje de bufón, con esa mueca  
De la risa pintada en el scrablante.

Y luego en el hogar, de blancos cirios  
A la luz, se destaca la silueta  
Del payaso que llora como niño  
Sobre la frente de su hija muerta!.....

### CONFRONTACIÓN.

¿La amas?, le pregunté, y con sorpresa,  
Fijando en mí un instante su mirada,  
Midióme de los piés á la cabeza  
Y, cual si adivinara mi extrañeza,  
Lanzó una estrepitosa carecajada!.....

¿Le amas?, le pregunté, y estremecida,  
Cual hoja que la brisa hace temblar,  
Nada pudo decir: quedó extinguida  
En sus labios la frase y conmovida  
Miróme entonces y rompió á llorar!.....

En mi camino siempre he recordado  
Aquellas dos respuestas y, entre tanto  
En medio de la lucha he vacilado,  
Hablando al corazón le he preguntado:  
Cuál será lo mejor, la risa ó el llanto?

### VIBRACIÓN.

Cuando en el cielo su manto  
de armiño despliega el alba  
y tíñese el horizonte  
de púrpura azul y gualda,  
y en rauda vuelo la alondra,  
que alegre á la aurora canta,  
va regando en el espacio  
dulces gorgoros de plata,  
y las corolas se entreabren  
entre las tupidas ramas,  
y visten las verdes frondas  
su rico manto de gala,  
y se columpian las mieses  
en las espigas doradas,  
y va corriendo el arroyo  
sobre su lecho de grama  
hasta romperse en los riscos  
en luminosas cascadas;  
cuando los céfiros mecen  
las copas en la montaña



y la miel de los panales  
 en hebras doradas mana,  
 y estan calientes los nidos  
 reverdecidas las ramas  
 y al soplo de nuevo aliento  
 erguidos los tallos se alzan  
 mientras palpita en las yemas  
 hirviendo fecunda savia,  
 y las aves sus amores  
 En sus cuchicheos cantan;  
 cuando en el zenit sus rayos  
 el sol ardiente derrama  
 y sobre la tierra luego  
 su aliento de fuego pasa,  
 y á su calor se despierta  
 el amor dentro del alma,  
 las ilusiones hermosas  
 y las dulces esperanzas,  
 y las pupilas reflejan  
 la imagen del sér que se ama,  
 y hay en los labios bermejos  
 besos y promesas santas,  
 entonces del laúd el poeta  
 las armonías arranca  
 y brota en vibrantes notas  
 el verso, alado, de su alma:  
 ¡Himno de amor que hasta el cielo  
 desde la tierra se alza!

J. A. D.

## El Porvenir.

Cada cual por poco dado que sea  
 á la observación de los fenómenos  
 interiores, habrá necesariamente no-  
 tado que hay momentos en la exis-  
 tencia en que por más que la for-  
 tuna prodigue á manos llenas to-  
 dos sus tesoros, por más que la con-  
 sideración social y el respeto de los  
 otros seres forme al rededor de un  
 individuo una como especie de nu-  
 becita de superioridad, y aunque la  
 fama misma suene su épica trompa  
 en alabanza de las excepcionales  
 cualidades y los méritos de alguien,  
 éste por honrado que se encuentre,  
 por grandes que sean las comuni-  
 dades de que goze y por fundadas  
 que sean las esperanzas que conciba,  
 siente siempre allá en su inti-  
 midad, en aquel recinto á donde

al ojo observador no le es permiti-  
 do detenerse ni un instante, uno  
 como vago presentimiento de que  
 la vida regalada que lleva y las  
 múltiples facilidades de que disfruta,  
 habrán de tener tan solo una  
 existencia de suyo efímera; porque  
 en la evolución constante de lo  
 creado ni los suaves tintes con que  
 la casta aurora dora los extensos  
 horizontes, ni las espesas sombras  
 con que la noche envuelve al mun-  
 do, tienen una necesidad estable,  
 ni mucho menos una duración in-  
 definida.

Pasan los seres y cumplen, aun á  
 su pesar y en ocasiones hasta sin  
 darse cuenta, un fin que tiende á  
 mantener la armonía de los varia-  
 dos órdenes, y desde el ave que vuela  
 hasta la onda que murmura,  
 desde la estrella que titila has-  
 ta la flor que perfuma, llenada que es  
 su misión ni el ave deja huella, ni  
 el murmurio deja un eco, se extin-  
 gue la luz de la estrella, muere el  
 perfume de la flor. Eso también  
 acontece en la vida: la esperanza  
 que es la flor muere con la prima-  
 vera que es la juventud, la inteli-  
 gencia que es la luz va lentamen-  
 te apagándose, la imaginación que  
 vuela cae desfallecida plegadas las  
 blancas alas y del canto armonio-  
 so que endulzó nuestros oídos, aca-  
 so solo reste el recuerdo siempre  
 agradable.

El corazón humano se ensancha  
 cada vez que mira hacia lo futuro,  
 y se conserva con amor la memo-  
 ria de los seres que á nosotros es-  
 tuvieron unidos ya por los lazos in-  
 disolubles de la sangre, ya por la  
 conformidad de sinceros afectos y  
 mutuas simpatías. A eso quizá sea  
 debido el religioso respeto con que  
 se visitan los cementerios, pues en  
 aquel augusto silencio parece que  
 en las noches estrelladas seres mis-  
 teriosos hacen gemir á los sauces  
 melancólicos, produciendo en el es-  
 píritu una impresión tan intensa y

al par tan grata para aquellos que hacen del sentimiento un culto, que difícilmente puede olvidarse en el resto de la humana existencia. Debe determinarse que esa impresión á que alude lo anterior carecerá en ocasiones de mayor viveza; pero es debido á que de individuo á individuo cambia la sensibilidad y lo que en unos produce impresión muy fuerte es para otros quizá indiferente, ocasionado por la falta de cultura y de la incompleta noción de lo bello, por lo que con sobrado fundamento se ha dicho, que el sentimiento es el elemento fecundante de la imaginación.

La distinta fuerza intelectual hace que cada cual mire hacia el porvenir con mayor ó menor desconfianza: quien esperando males de alguna trascendencia, quien reconociendo lo perecedero de las cosas humanas teme las ciegas resoluciones del destino y en la inquieta posesión de lo actual, encuentra no la satisfacción que debiera ser consiguiente, sino la incertidumbre que le acarrea una como proyección del pensamiento. El estado psicológico que resulta cuando se fincan todas las esperanzas y es el objeto de todos los deseos la adquisición de los dones de la fortuna, desaparece como por encanto toda vez que sea la aspiración natural y constante de la voluntad el perfeccionamiento de la parte espiritual por el santo medio del trabajo digno y de la ocupación moderada, que así proporcione en cantidad nada más que suficiente los medios materiales, como facilite la acción benéfica de los otros elementos que forman la personalidad y que se imponen con la fuerza incontrastable de lo superior á lo que gira en órbitas secundarias.

Puede suponerse si se quiere cumplidamente satisfechas las variadas necesidades, más no es su

consecuencia que esto traiga la confianza para lo futuro, ella solo vendrá del estricto cumplimiento de los múltiples deberes, así individuales como sociales, los primeros sea por los hábitos regeneradoras del trabajo y por la práctica constante de los principios de economía, los otros por el ejercicio nobilísimo de la caridad y por la convicción inestimable de tolerar los arrebatos y excesos de aquellos con quienes se está en diaria comunicación.

La felicidad no puede consistir en el deleite, pues sobre base de por sí tan pequeña no ha de fijarse el majestuoso edificio de la existencia, que comprende muchos dolores sufridos en silencio, muchas lágrimas que han rodado sin hallar quien las enjague y muchas tristezas sin encontrar consuelo. Al tomarse el deleite como fin de las acciones humanas al individuo se le hace descender de la condición superior que le corresponde á un nivel demasiado degradante para su naturaleza; porque nunca el goce puede conducirnos hasta considerarlo como lo único á que puede aspirarse. El alma tiene sus placeres, pero lo inmaterial de ellas, la órbita hasta donde se extienden y su carácter propio, indican que más bien tienden al perfeccionamiento del ser, antes que contrariar las inclinaciones que le son naturales.

La práctica no interrumpida de las virtudes, el cumplimiento de las obligaciones y el respeto constante á las leyes, producen goces legítimos que nunca van mezclados con los tormentos é inquietudes de los deleites ilícitos y de las inclinaciones culpables, que arrojan sombras á la conciencia y manchas á la frente,

El ansia de lo futuro, el anhelo de lo que viene no puede nunca resolverse en interminables dolores y en angustiosas penas, cuando es

el estado continuo del alma la perfecta tranquilidad que nace de la ejecución de obras buenas, disfrutando de los placeres que ocasionan los rasgos de generosidad é hidalguía para con los demás individuos. No presenta el porvenir ese aspecto terrible que se le ha querido atribuir, cuando las acciones se amoldan á las leyes superiores que rigen nuestras tendencias y nuestros afectos. Para aquel que busca su perfeccionamiento en los espaciosos horizontes del bien, el porvenir es nada desconsolador, mas bien es el augurio de una ansiada evolución que traerá emociones deliciosas y mayores felicidades, mas él no se presenta bajo tan favorables condiciones cuando falta la fé de los móviles individuales, la entereza de las propias obras y la convicción por demás agradable que el porvenir es de los que saben conquistarlo.

El porvenir para ciertos espíritus, cuadra á sus deseos cuando se presenta á su inquieta imaginación con una no interrumpida serie de dulces agitaciones y de placeres deliciosos, sin que para nada se experimente el constante torcedor del remordimiento; mientras que para otros que fijan poco la atención en lo perecedero y material, está el porvenir brindando toda suerte de beneficios siempre que haya un ser á quien redimir por el consuelo, una ocasión propicia para obtener la victoria por el medio sencillo de la clemencia un momento apropiado para presentar á la consideración de los demás el eterno y brillante triunfo que alcanza la virtud contra la pasión, la verdad contra el error, y que viene presentándole al alma el goce puramente espiritual que se disfruta con las obras amorosas de la caridad y el entusiasmo sublime de las acciones heroicas.

VÍCTOR M. JEREZ.

## A RAFAELA.

(EN SUS DÍAS.)

Ya asoma del Alba  
la faz esplendente,  
Allá en el lejano  
confín oriental;  
Y en tanto que el mundo  
despierta sonriente,  
Recuerdo gozosa  
tu grato natal.

\*

Por eso al Parnaso  
las flores más bellas  
Quisiera hoy, Rafaela,  
llegar á cortar:  
Tejer primorosas  
guirnaldas con ellas.  
Y al son de una lira  
tu sien coronar.

\*

Mas ¡ay! si el Parnaso  
me niega sus flores,  
Si niégame Apolo  
su voz celestial,  
¿Qué puedo ofrecerte?  
¡Los pobres ruidores  
Que pone en mis labios  
mi afecto inmortal!

MARGARITA.

Octubre 24.

## LIBERTAD DE ENSEÑANZA.

AL DR. D. ANTONIO J. CASTRO.

Los sabios, atentos observadores de la condicionalidad humana, y en el propósito de contribuir al mejoramiento social, no han podido menos que fijar su atención con marcado interés en las causas que presiden á las evoluciones sociales operadas en la vida de los pueblos, y de esa observación profunda confirmada por la historia de todos los siglos, deducen un hecho constante é invariable, y es el de que el hombre, individual y colectivamente, propende hacia un solo fin, al perfeccionamiento de su ser, pun-

to de convergencia de todos los progresos realizados por la actividad del humano entendimiento. Siendo esta, pues, la causa que impele al hombre á perseguir ese ideal que le fomenta sus más nobles aspiraciones, natural parece que, para que sus esfuerzos sean favorables al objeto que se propone, se le ensanche la esfera de acción en que se mueve y se le faciliten los medios, que deducidos de la propia naturaleza de la misión que tiene emprendida, le sirvan de elementos para la realización de aquel fin. A mi ver, esa esfera de acción se circunscribe á la libertad y esos medios representan los elementos sociales que favorecen las prestaciones mutuas que se cambian entre sí los individuos y que vienen á condensarse en la enseñanza, base fundamental del completo desarrollo de la humanidad en su doble aspecto físico-intelectual; de consiguiente, se hace necesario fijar la idea de libertad en cuanto sea aplicable á la enseñanza realizada por los medios conducentes al fin que perseguimos.

Está fuera de toda discusión que la enseñanza es la fuerza motriz que eleva á los hombres y á los pueblos á la cima de su verdadera grandeza; que es, si puede decirse así, el crisol en donde se funden las almas templadas para la virtud y la honradez, elementos característicos de toda nación próspera y feliz, y que la enseñanza es así mismo, la que incuba en el cerebro de los ciudadanos de corazón, los principios con los cuales ellos deben contribuir á la organización de las instituciones político-sociales para facilitar el desarrollo progresivo de los pueblos, y con esto queda probado; que la importancia de la alta misión de la enseñanza en general es indiscutible y esto me excusa ocuparme de ella para concretarme, en los límites de este

trabajo, á la enseñanza primaria, no porque sea ésta menos importante, sino porque siendo, como es, la base común del desarrollo físico, moral é intelectual del hombre, merece preferente atención para el logro de este objeto. En efecto, la enseñanza elemental que comprende la instrucción y *necesariamente la educación*, desarrolla, en el conjunto de las facultades individuales, el sentimiento que radica en el tierno corazón del niño, asiento de todo lo grande y noble que están llamadas á cultivar las criaturas racionales. Se notará desde luego, que este doble aspecto que presenta la enseñanza primaria, da la medida de su trascendencia, en vista de la cual, no debe de dejarse pasar desapercibida la importantísima cuestión de saber á quién compete el derecho de dirigirla.

Dos poderes se han disputado este derecho, la Iglesia y el Estado. Y aunque es tan antigua la pretensión sustentada por ambos, ninguno de ellos ha presentado, hasta hoy, título suficiente para justificarla, pues si es cierto que alternativamente han ejercido su influencia sobre aquella institución entorpeciendo su marcha, no ha sido sino por aberraciones que han resistido á la fuerza que el derecho imprime á los actos humanos, y tan anómalo estado se ha mantenido al influjo de las ideas favorable á las pretensiones de uno ú otro poder en sus épocas respectivas. De aquí que la enseñanza, siguiendo esa alternativa, ha perdido la unidad que requiere el método y como natural consecuencia, han venido la imperfección y los vicios de las sociedades.

En vista de tales circunstancias y á fin de evitar una controversia que tantos males ha causado á las naciones, debemos hacer el esfuerzo de llevar la convicción á esos dos poderes intransigentes, mos-

trándoles el error en que descansan sus pretensiones para que abandonándolas, dejen el campo libre á quien con legal título, corresponda el derecho que se disputan, y conciliados, reposen en la paz perpetua que garantizando ese derecho, podamos tener en no lejano día la enseñanza uniforme que debe mejorar los individuos y perfeccionar á las sociedades.

La Iglesia romana, en acatamiento á los mandatos del Divino Maestro, creé que está obligada á presidir y dirigir la enseñanza, y para ello se funda en que Jesús dijo á sus apóstoles: "id por todos los países y enseñad á los *paganos*, etc;" y concluyen con que este precepto, que yo no niego, justifica su pretendido derecho. Pero hay en esta afirmación un error de interpretación que peca por latitud, y aceptarlo es incurrir en una inconsecuencia con los principios absolutos del derecho. En efecto: Jesús no comprendió en su doctrina la universalidad de las ciencias y mal habría pensado en obligar á sus discípulos á que enseñasen una cosa distinta de la que él les había enseñado, y sí, debe suponerse que él pensó en que su doctrina de moral universal y santificada por los pueblos que han examinádola con prudencia, fuera propagada con la difusión que para bien de la humanidad exigían las circunstancias, pues según la intención del Mártir del Gólgota, el paganismo debía destruirse por la convicción que entraña la bondad de la reforma. Esta es, á mi ver, la conclusión que debe aceptar la Iglesia romana, como una verdad incontrovertible y limitar el precepto á la enseñanza del dogma.

Igual suerte ha corrido el Estado, pues hasta aquí no ha podido justificar su pretensión, y si es verdad que ha logrado dirigir la enseñanza, no ha sido sinó con viola-

ción de derechos ajenos y á despecho de la universal reprobación, pues en orden á enseñanza, casi siempre, el Estado, ha servido de instrumento para la satisfacción de caprichos é intereses personales de los que en el Gobierno de naciones que carecen de conciencia propia, han tiranizado á los pueblos imponiéndoles la enseñanza, no porque á ellos les interese la bondad y el bien que ésta entraña, sinó por el prurito de hacer oposición al Poder eclesiástico y recrudecer antiguas discusiones que si á algo conducen es á perpetuar la división entre los hombres, rompiendo así la necesaria unidad que la humana especie requiere para alcanzar su perfeccionamiento. Otras veces, por un error nacido de la intención muy laudable de hacer dignos ciudadanos, ha incurrido el Estado en la misma tiranía.

Resulta de las consideraciones expuestas: que ninguno de los dos poderes poseé título legal para sostener sus pretensiones y en consecuencia deben abandonarlas, pues persistir, es contener el progreso de las naciones y procurar con conocimiento de causa, el mal de la humanidad.

Que la intervención de los individuos poderes, en la dirección de la enseñanza, estaciona el progreso y cultura de los pueblos, es un axioma deducido de la consideración de que, si bien es cierto que tanto la Iglesia como el Estado son en sí personas morales, también lo es, que carecen de los atributos que constituyen la naturaleza de las personas ó individuos de la especie humana, cuya condición coloca á estos en capacidad de asimilarse los conocimientos humanos para transmitirlos á sus semejantes y si esto no es propio de aquellos poderes, cómo se explica que puedan dirigir la enseñanza que no comprenden? Tal vez se arguya, que

exigir á esos poderes que enseñen es desconocer su naturaleza y además sería obligarlos á tener una moral, una religión y una ciencia propias del carácter permanente de que estos participan, lo que es absurdo; porque la identidad de esas personas morales ó jurídicas como propiamente se llaman, son representadas por individuos de las diversas clases sociales, y esta heterogeneidad en el conjunto, destruye la unidad de acción y de pensamiento que siempre es necesario para la realización de los fines perseguidos por la inteligencia. Juicioso y fuerte me parece el argumento; pero no puede ser más oportuno y favorable á mi opinión, pues precisamente viene á robustecer lo que dejo demostrado, esto es, que las personas morales son incapaces de dirigir la enseñanza, y aceptar lo contrario es admitir el absurdo no menos inconcebible de que quien carece de inteligencia, emita juicio en la apreciación de los actos humanos, pues no otra cosa exige la organización de la enseñanza, que un criterio ilustrado para determinar la bondad ó malicia de los que deben cultivar la inteligencia y el corazón de la juventud. Mas como esta condición es la que falta á los poderes en cuestión, resulta que confiarles la dirección de la enseñanza, es correr el peligro de que aquella santa institución social sea abandonada en manos de hombres indolentes á quienes les importa poco el bien general, ó de hombres inmorales que perviertan á los que mañana intervendrán en los destinos de la Patria, quienes de conformidad con los sentimientos cultivados en las escuelas primarias, harán la felicidad ó desgracia de las naciones. De consiguiente, hay que convenir en que los poderes que nos ocupan *no* tienen derecho *ni* facultad para dirigir la enseñanza y mucho menos la Iglesia cuya

misión es independiente del Estado. Sin embargo, como el Poder público es el llamado á garantizar los derechos de las instituciones sociales, está en el deber de proteger y fomentar la enseñanza tanto por el bien que entraña como porque es un medio de destruir los vicios encarnados en las sociedades y principalmente el de la vagancia de la juventud que tanto afecta el organismo de los pueblos. Pero cómo se explica, se me dirá, que el Estado pueda proteger y fomentar la enseñanza si se le prohíbe intervenir en su desarrollo? Muy bien.

La idea de intervención *no* implica la de *dirección*, *ni* excluye el auxilio y protección que se desea, y por consiguiente, es compatible auxiliar y proteger la enseñanza sin que concorra en el Estado la calidad de director, que es lo que yo niego.

Resulta de aquí que la enseñanza debe quedar *en absoluta independencia* para que llene los trascendentales fines que de su práctica aplicación esperamos. En consecuencia, los pueblos cultos deben luchar porque el Estado garantice todos los derechos que traigan como natural consecuencia la *libertad de enseñanza*, derecho correspondiente á las sociedades.

BAYONA.

---

## NOTAS INTIMAS.

### I

Luz misteriosa que me inunda el alma  
de célicas delicias,  
es la que irradia de tus negros ojos,  
encantadora niña.  
¡Ah! mírame, por Dios, linda trigueña,  
bella luz de mi vida,  
que tus miradas truecan mi tristeza  
en íntima alegría.  
Cada vez que te miro siento impulsos  
de llorar mis desdichas....

Y al pensar que te adoro, se me escapan  
melancólicas rimas.

## II

Como van las pintadas mariposas  
por prados y campiñas  
buscando flores do libar con ansia  
la miel que les da vida,  
así vuelan mis notas por el mundo,  
errantes y perdidas,  
buscando una alma cariñosa y pura  
que les brinde, benigna,  
El néctar del amor... Di ¿no has soñado  
con besos y caricias?

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

San Salvador, 1891.

## ECOS NATURALES.

A ser grandes podemos aprender,  
Y vestigios dejar de nuestro paso  
Que nunca pueda el tiempo oscurecer.  
C. CONTRA.

Las leyes del derecho natural que han presidido á la organización de la sociedad, son las mismas que nos obligan á desarrollar nuestras facultades morales é intelectuales, con la mira de acercarnos á la verdadera felicidad. Mejorar de condición: he aquí un principio infalible que entraña el engrandecimiento de las naciones y hace á los hombres felices. "El Autor de la naturaleza ha querido que se perpetuase la especie humana, pero no como una raza de brutos, sino como criaturas racionales." Ilustrar el entendimiento para evadir el error y llegar á la verdad, debe ser el lema de las aspiraciones humanas. El que desoye los consejos que la sabia naturaleza nos está dictando y cierra los ojos á la luz que irradia de los focos sociales, se queda reducido al miserable estado de estupidez y embrutecimiento de un ente salvaje, de una bestia feroz, como lo atestiguan los tristes ejemplos de los niños aban-

donados por Ackebar, emperador del Mogol, á la sombría soledad del mundo; y los que según refiere Herodoto, fueron alistados por el rey de Egipto, Psamético, en un rebaño de cabras, los cuales solo aprendieron el lenguaje egofónico, trémulo y discordante de las pécoras con las que estaban en continuo contacto.

La sociedad que empieza en el hogar y termina en el pueblo, ha necesitado primero un jefe para la vida privada, y en seguida otro jefe para la vida pública, ó poder público, que mantenga la unidad, el orden, se inspire en el interés común y ponga sus esfuerzos al servicio de la felicidad de todos, en una palabra, que presida los destinos de la patria, de ese puñado de familias que se despojan de una parte de su libertad para poner en manos de su elegido el derecho de mandar, reservándose la obligación correlativa de obedecer. Este pueblo constituido es justo al cifrar la ventura de su porvenir en la persona que representa la colectividad, y comete una aberración, si cruzándose de brazos, espera que por una acción sideral llueva el maná que en otro tiempo abastecía á los israelitas en el desierto arenoso de la Arabia; porque el peso del estado debe estar repartido sobre el hombro del que manda y la espalda del que obedece.

El gobernante tiene obligaciones inexorables para con sus gobernados y responsabilidades inconcusas de su conducta como tal; es de la sociedad y se lo debe todo á la sociedad. El pendón que simbolice su consigna deberá ostentar las palabras consabidas: *equidad, justicia, libertad, progreso* palabras sublimes que reasumen las bases de la democracia.

La naturaleza nos ha dado á todos la misma organización física y las mismas funciones fisiológicas para que seamos iguales; tenemos

cada cual los organos ó medios necesarios para proporcionarnos la vida sin restricción de nuestra independencia, luego somos libres. Los aragoneces lo comprendieron así, solemnizando la coronación de sus antiguos reyes con la conocida sentencia de: "Nos, que cada uno vale tanto como Vos, y todos juntos mas que Vos, . . ." Verdad excelsa de la justicia y columna fundamental del inmenso edificio de la sociedad! Rómpase este sostén sempiterno, y el equilibrio es una quimera: se derrumba cuanto hay arriba y se abre un abismo para tragarse los escombros vomitados por la diosa de la ruina. Allá tenéis en el Viejo Mundo, al pueblo más distinguido de la tierra, inscribiendo en los pergaminos de su historia el episodio más palpitante de la raza humana: el pueblo francés, borrando con la sangre emponsoñada de la aristocracia, y de un golpe de guillotina, el horrible sarcasmo de "el estado soy yo" que como maldición terrible resonaba en sus oídos y se repercutía en el infierno. Cuánto valen los derechos del hombre, y de cuanto son capaces los ciudadanos dignos en cuyo pecho arde incólume el fuego santo del patriotismo y por cuyas venas corre pura la sangre roja de la libertad!

La opresión y la tiranía llegan al fin á exasperar los latidos del corazón y á convertir en fieras á los mansos corderillos; al fin se causan los hombres de lamer las inmundicias chisporroteantes de la miseria; sacuden el oprovioso aliño de la vileza y alzan la frente para encararse con el usurpador de su felicidad, con el mancillador insolente de sus derechos y con los sicarios leprosos que esgrimen hábilmente la cuchilla del verdugo, hartando hasta las fauces la vanidad de su señor con el chasquido del látigo mezclado con el gemido de

las víctimas que no cometieron otro delito que dejarse aherrojar. Delito? sí, un verdadero delito y de lesa patria. La justicia divina que lo vigila todo y sorprende *infraganti* al culpable, no deja impune la falta cometida. Muchas veces el pueblo es la causa de su propia desgracia, porque es el primero en echar á volar en múltiples fragmentos las sagradas páginas del derecho natural: presentar la pierna á las cadenas infamantes de la esclavitud, es echar una soga al cuello de la patria; incensar y cantar himnos al tirano, es darle un puntapié á la patria; otorgar poder absoluto y vitalicio al soberano, es decretar la sentencia de muerte de la patria. "Es costumbre estúpida de los pueblos atribuir al rey lo que ellos hacen, dice Víctor Hugo. Van á la guerra: ¿para quién es la gloria? para el rey. Pagan mucho: ¿quién es el rumbo? el rey; y el pueblo le aplaude porque es tan rico. El rey recibe de los pobres un escudo y les devuelve un ochavo: ¿qué generoso! El coloso pedestal contempla al pigmeo que carga ¿qué grande es! sobre mis costillas le tengo: el medio seguro para un enano de ser mayor que un gigante es encaramarse sobre sus hombros, pero que el gigante se lo consienta, eso es lo original, y que admire la grandeza del enano, eso es lo estúpido. ¡Simplicidad humana! El pueblo que sanciona y el tirano que abusa tienen su respectivo castigo de cuya ejecución se encargan algunas veces ellos mismos, constituyéndose en árbitros de sus propios asuntos, y otras el juez severo de la historia que con sus anatemas convierte en fiebre el frío espantoso de los muertos.

Como dejo dicho, la mordaza despierta el prurito de gritar con esa voz que llega al cielo y asusta los gusanos de un muladar; el azote



recibido es un soplo brujo de los vendavales del averno que nos infunde la tentación de arañar; el pueblo se obstina de consumirse bajo el peso enorme de la ignominia, y muerde con los dientes y pica con la cola hasta hacer sangre y chupársela para reponer sus fuerzas. La desesperación y la agonía son genios poderosos que le prestan fuerzas á Hércules y á Sansón para convertir en miembros de acero los tiernos bracitos de un niño y en tenazas formidables los delicados dedos de una mujer, y entonces suceden esas catástrofes magnas que asombran la tierra, y que no son más que las represalias del destino que han venido elaborándose insidiosamente allá en las oscuras entrañas del infinito ó caós de los panteístas, y que surgen de repente unas veces abortadas y otras á su debido tiempo. "El caballo es el pueblo, solo que ese caballo se va trasfigurando lentamente: al principio es un burro y á la postre es un león; entonces echa á rodar á su ginete, y resulta un 1,642 en Inglaterra y un 1,789 en Francia. Á veces le devora, y tenemos en Inglaterra un 1,649 y en Francia un 1,793.

De vez en cuando columbran por el horizonte ciertas figuras gigantesas tan respetables, cual meteoros refulgentes que van dejando tras de sí un reguero luminoso que principia y termina en el infinito dando la vuelta por la eternidad, y que hacen temblar las monarquías con solo mirar al rey. Dios se compadece de sus criaturas, y de un *fiat homo* nos envía un Oliverio Cromvell, un Guillermo Tell. Ahora ni Luis XIV, ni su biznieto, ni el nieto de éste, ni todos los Luises, ni todos los Borbones juntos cometerían la necedad de salir de sus sepulcros donde están bien hallados para habérselas con los modernos galos; Gesler no volverá á am-

pollar el extravagante capricho de cubrir con su gorro añejo las sienes calvas y mohosas de una pértiga, ni en Berna, ni en ningún rincón de Suiza; Carlos I<sup>o</sup> no repetirá la imprudencia de lidiar con el Parlamento bretón, por más que su hijo Carlos II hiciese colgar de una horca la momia de más de diez años del Protector de la República de Inglaterra.

Pero terminemos esta desagradable digresión, cuyo relato ensimisma el espíritu de unos y atorbellina el de otros, y pasemos á la cuestión que nos hemos propuesto bosquejar por más importante y útil, cuanto que concierne á las facultades más nobles del cerebro racional: la inteligencia y el sentido moral, esencia de felicidad, riqueza imperecedera del pueblo y belleza divina del hombre. La hermosura del alma es un reflejo de la eternidad que pone en comunicación al hombre con su Creador; esta belleza inmaculada es refractaria á ese cortejo de desmembraciones seniles que doblan el ráquis, repliegan los tegumentos y aibinizan los cabellos: no expira jamás: es una sultana mágica que vive en todos los climas y latitudes sin degenerar, así en las localidades ardientes de los trópicos como en las algidas del norte; no se toma el trabajo de buscar á nadie, pero no gusta de jugar el escondite con ninguno; no escoje á los príncipes ni rechasa á los histriones, porque tanto le place el soberbio palacio del noble como el humilde techo del plebeyo; y sino que diga Apolo si su oráculo de Delfos no ha declarado el más sabio de los mortales al hijo de un pobre escultor y una partera de Atenas, que con su fealdad física es el más simpático (1); que digan los Siete Sabios de la Grecia si el célebre Bion no es

(1) Juan Montalvo.—Siete Tratados.

el vástago nacido de un liberto y una ramera; que digan Roma y Sergio Catilina si el hijo de una familia llana de Arpino (pueblo de la Toscana) no es el gran Marco Tulio Cicerón; preguntad á la Francia y á la Gran Bretaña si el sabio Thiers y el astrónomo Herschell durmieron en la cuna con la nobleza. Lo que está por encima de las leyes físicas goza de inmunidad eterna: ¿no estamos viendo al través de los siglos la hermosura de Sócrates, Platón y Aristóteles? esa hermosura que no se aviene con el fondo de la tumba. Si se la quiere encerrar como á un cadáver, se escapa por las rendijas del ataúd ó por los intersticios moleculares del camposanto, y.... *psit!* allí está otra vez limpia de los hediondos esqueletos de los muertos, ilesa y resplandeciente, en su casta desnudez, bañada por un raudal de luz eterna, más interesante que Diana en el cristalino manantial de la selva, más brillante que la encantadora Zizi y más esbelta que Sara y Dalis. No hallamos rostro que le avenga; los de Cleopatra, Helena y María Estuardo son pálidos. No importa, así es más bella; sería un sacrilegio hacerla degenerar en mujer. Congraciémonos con esa divinidad augusta que es la felicidad del pueblo!

Gobernantes, á vosotros os corresponde de lleno conducir al pueblo á la tierra de promisión, estimulando al fuerte, ayudando al débil y levantando al que cae en el camino, sin reparar en las huellas que quedan atrás; y en ello, al mismo tiempo que cumplís con un precepto escrito de letra y puño del Creador en el gran libro de la naturaleza humana, conquistáis para esta vida la gratitud y el aplauso general, y para la otra los inmarcesibles laureles de la inmortalidad. Ayudar al hombre á ser hombre, llevándole por el sendero

de la perfección; hacer del pueblo un pueblo culto, para que reconozca las obligaciones que impone la patria; formar los que más tarde contribuyan al pulimento de la felicidad pública, son atribuciones innatas que atañen al que tiene en sus manos las riendas de la nación.

Que se fomente la instrucción pública, que es la fuente de la civilización, de esta deidad alada uncida al carro portentoso del progreso que viene metiendo tanto ruido con su tropel. Redímase al pueblo del pecado de la ignorancia absorbido en el vientre de la madre y sellado por la naturaleza con un ósculo al nacer. Purifíquese al hombre de esa mancha impura obsequiada por Lucifer, para baldón y desgracia de la generación humana, y que no sirve sino para dar pábulo á las abominables pasiones del vicio, de esas que toman carta de naturaleza en ciertos organismos empedernidos y provocan mayores estragos que los perniciosos parásitos microbianos de Pasteur y de Roberto Koch, de esas que esfacelan las facultades intelectuales, relajan la dignidad racional y corrompen la moralidad, y que siembran en la sociedad el *morbus* terrible de la necrosis, cuyos secuestros al eliminarse arrastran al desdichado pueblo á las fatales consecuencias del agotamiento vital y la infección general que determina esa caquexia atroz. Los vicios son unos secuestros tenaces que no se eliminan sin dejar á su paso marcas indelebles cicatriciales que afean á las naciones, y que la tradición se encarga de perpetuar, legándolas á las generaciones que se suceden como un espectro impudible que nos viene mostrando su rostro costureado y sucio aún por los coágulos ennegrecidos de la sangre y las costras fétido-asquerosas del pus, para enseñarnos á tener aversión por estas fantas

mas de la miseria y busquemos el derrotero de los ideales de la perfección.

Gobernantes, agregad una página ilustre á la historia nacional, dad una pincelada iluminativa á la aureola de la patria, regad la instrucción, que es la benéfica simiente que en vegetando robusta florea grandeza y cosecha felicidad, y habréis llenado vuestra elevada misión: habréis sido el digno intérprete de la voluntad divina y llevaréis á la mansión de los escogidos la conciencia rebozando de satisfacción. Seguid adelante con las benefactoras labores que acrisolan la riqueza del espíritu, tarea noble que os conducirá al sitio señalado para los émulos de los grandes hombres que alborean en el horizonte de la celebridad y que han dejado aquí en la tierra una época brillante, de esas que cantan los bardos de la Grecia, que pintan los artistas de Atenas y patentizan los sabios de todo el mundo. Gobernantes, imitad á Pericles!

Y vos pueblo, buscad el bien en la cultura y la moralidad, porque así lo exige la ley natural y la utilidad propia. Busquemos ese bien supremo que necesita el espíritu, que es el colmo de la verdadera felicidad reservada de antemano por la bondad celestial, y que erigida en divinidad tiene su culto que á fuerza de fé y conveniencia debemos acatar para recibir el premio de la ilustración que proporciona mil goces perceptibles tan solo por esa sensibilidad adquirida que se llama sentido científico, creado *ad hoc* en el seno de la luz, lejos, muy lejos de las tinieblas, exclusivamente para los que extasiados en el amor frenético de lo bello suelen enchirirse en la contemplación de la gloria en medio de su arrobamiento. ¡Venid pueblo, la felicidad eterna tiene su altar en el centro del infinito, adorémosla! “¡Qué golpe

de luz de la divina sabiduría y bondad amanece algunas veces en los corazones de los justos”! (2) Justos son los que absorbidos en la atención del orden moral dan carta ejecutoria á los preceptos de la Providencia, instruyéndose y moralizándose, y esa luz es el premio consabido,— conquistémolo! Despejémonos de la atmósfera oscura de la ignorancia para ver más claro lo que nos rodea. La ignorancia es una ruina que debe inspirarnos horror, porque un pueblo ignorante es un pasto apropiado de la vileza, la obcecación y el vicio, y un instrumento *ad libitum* del despotismo. “La ignorancia es el principal fundamento del imperio del Turco; quien en él sembrase las ciencias le derribaría fácilmente,” dice Saavedra, en su *Ex fascibus, fascis*. Disipemos esas sombras, alejémonos de esas escabrosas encrucijadas donde á cada paso nos asalta la miseria y tendamos el vuelo á las regiones excelsas del estudio y la lectura, que son los caminos rectos por donde se va al conocimiento de la verdad, y habremos rechazado el enfático apotegma de Terencio Varron, de que “el pueblo debe ignorar muchas verdades y creer muchas cosas falsas” (3) que tanto en ciencias como en política y religión da el mismo resultado

RAFAEL E. CHÁVEZ.

San Salvador: 1891.

## OJOS VERDES.

Ojos que nunca me veis  
Por recelo ó por decoro,  
Ojos de esmeralda y oro,  
Fuerza es que me contempléis:  
Quiero que me consoléis

(2) Cicerón.

(3) Juan Moutalvo.

Hermosos ojos que adoro:  
 Estoy triste y os imploro  
 Puesta en tierra la rodilla,  
 ¡Piedad para el que se humilla!  
 Ojos de esmeralda y oro.

Ojos en que reverbera  
 La estrella crepuscular,  
 Ojos verdes como el mar,  
 Como el mar por la ribera  
 Ojos de lumbre hechicera  
 Que ignoras lo que es llorar:  
 ¡Glorificad mi penar!  
 ¡No me desoléis así!  
 ¡Tened compasión de mí!  
 ¡Ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo  
 Porque alegran cuanto alcanza,  
 Ojos color de esperanza  
 Con lejanías de cielo;  
 Ojos que á través del velo  
 Radian bienaventuranza,  
 Mi alma á vosotros se lanza  
 En alas de la embriaguez,  
 Miradme una sola vez,  
 Ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,  
 Ojos que me dais congojas,  
 Ojos con aspecto de hojas  
 Empapadas de rocío.  
 Húmedo esplendor de río  
 Que por esquivó me enojas,  
 Luz que la del sol sonrojás  
 Y cuyos toques son besos,  
 Derrámate en mí por esos  
 Ojos con aspecto de hojas.

SALVADOR DIAZ MIRÓN.

## "LA HERMANA DE LA CARIDAD"

DE DON EMILIO CASTELAR.

He oído decir á varias personas que esta obra no corresponde á la fama literaria del autor, para quien más valiera no haberla dado á luz; pues el novelista es un pobre aprendiz de literato comparado con lo que vale el invencible gladiador de la tribuna. Respetando en lo que vale esta opinión, yo pienso de muy distinta manera; pues tengo

para mí que la "Hermana de la Caridad" es obra de gran trascendencia social, que se aviene muy bien con la noble tarea que desde su juventud se ha impuesto el autor, de trabajar siempre por la causa del pueblo, del bien y de la virtud, ya en la cátedra como en la tribuna, ora en el periódico como en el libro, y pienso por lo mismo que ella no amengua ni desdice en manera alguna la reputación del orador insigne, pues por el contrario ha venido á ceñir un nuevo lauro á sus sienes.

El asunto no puede ser más grandioso. El autor quiere hacer entrar en lucha, pero lucha tremenda, el bien y el mal. Una niña pobre, humilde, criada al arrullo del Mediterráneo en aldea miserable, pero bella y dotada de los más puros sentimientos, que ama y adora en sus padres, que se extasia en la contemplación de la naturaleza cuando va á la fuente y canta como el ruiseñor en la arboleda, esta niña, decía, se enamora de un joven rico y de alta alcurnia, que por casualidad visita aquellos lugares. Estos dos amantes, Angela y Eduardo, representan el bien, la virtud, el amor ingenuo y puro. Entre ellos se interpone Margarita y se apodera de Eduardo. Margarita, mujer del gran mundo, intrigante, cortesana, vengativa y temeraria, como educada en la escuela de Nápoles y su corte, es la personificación del mal: ella viene á romper con mano criminal el lazo de amor que une á dos corazones vírgenes y á sembrar de miserias y desgracias el camino de dos seres que habían nacido para ser eternamente felices.

Angela olvidada de Eduardo, pierde á su padre y entonces abandona con su madre el lugar donde rodó su humilde cuna y se va, impelida por la fuerza de su pasión, á vivir de su canto, cuya dulzu-

ra y cuya armonía ha comprendido, entre el estruendo de la ruidosa ciudad de Nápoles, donde el vicio parece sobreponerse á la virtud y las tinieblas como que imperan sobre la luz. Allí la acaricia el aura de la fortuna y con su canto se eleva hasta la esfera brillantísima del arte, donde el genio y el talento moran, y conquista la corona de reina del teatro. Pero Eduardo, atraído por Margarita, ha seguido el camino del mal como impelido por una fuerza diabólica: ha perdido la conciencia del bien, de la virtud y de su propia personalidad, como si el aliento corrompido de aquella mujer, seductora como la serpiente y terrible como la fiera, hubiera llevado á su alma en el contacto de un beso todo el veneno de su corazón: Eduardo ha olvidado los amores purísimos de Angela por las caricias groseras de Margarita. La fama de aquella renombrada cantatriz le recuerda á veces las delicias de su primer amor, de aquellos tiempos en que al arrullo de fuente gemidora y en presencia de la gran naturaleza, se extasiaba él con el cántico dulcísimo de Angela que le hacía repetir por la milésima vez su juramento de amor; pero todo ese mundo de felicidad aparece ante sus ojos como un sueño y lo ve con fría indiferencia: ve á Angela en el teatro y nada importan para él sus triunfos y sus aplausos ni sus coronas de artista,—ahora vive solamente para Margarita, y por eso cuando alguno de sus dormidos sentimientos quiere volver á la vida en presencia de aquella mujer angelical que fué su ilusión primera, la hiriente mirada de Margarita y su mano de hierro los ahogan al instante. Eduardo ha llegado á la última escala de la degradación, ha llegado á ser instrumento de los caprichos y pasiones de una mujer.

El juramento de amor y fidelidad ante el ara santa, inspirado por el instinto de venganza de Margarita, legítimó ante los ojos de los hombres aquella unión desgraciada; pero el día de esa unión debía de ser el principio de siniestros acontecimientos en la suerte de aquellos esposos. En efecto, Margarita y Eduardo fueron precipitados en la noche misma de las nupciales fiestas, desde la gran condición de favoritos de la corte hasta la triste y lamentable de reos, y reos de muerte, pasto del hacha del verdugo. Pero Angela, cuya alma es toda de bondad, amor y caridad, es el ángel tutelar que ha de salvarlos en aquel momento supremo en que no hay amigos ni parientes, y los salva al fin merced á sus ruegos, á sus lágrimas y, mas que todo, á la pasión que su hermosura, su virtud y su renombre de artista han inspirado al hombre en cuyas manos está el poder del Estado y por consiguiente la suerte de aquellos infelices; lo consigue merced á su influencia con el conde de Asthur. Ved aquí la gran lucha. Angela apasionada de Eduardo, Eduardo en garras de Margarita y el conde de Asthur enamorado de Angela. El trance es tremendo para la virtud, cuya personificación es Angela. Eduardo es esposo de Margarita y Angela no debe pensar ya en ese amor: el conde la ama pero ella no puede amar á ningún otro hombre después de haber amado á Eduardo, aunque ese otro hombre se llame el conde de Asthur. ¿Qué hacer? Entregarse en cuerpo y alma á Dios, que es el consuelo de todos los desgraciados y de todos los que sufren.

Angela siente agitarse más y más dentro del pecho el fuego de aquella pasión que ha sido durante algún tiempo el alma de su existencia; comprende que Eduardo no puede ser suyo jamás porque pertenece á

Margarita; y su corazón le dice que no puede ser del conde de Asthur, porque ese corazón era todo para Eduardo: estudia, medita, analiza aquella angustiosa situación y no halla otro medio de salvarla que dilatar aquel amor inmenso que ella había concentrado en un solo hombre amando á todos los hombres. ¡Dilatación sublime que engendra la más grande de todas las virtudes cristianas, la caridad! Angela hizo el voto solemne y se vistió el sayal humilde de hermana de la caridad.

Margarita, perseverante en el mal, sintiendo el demonio de los celos morder en aquel empedernido corazón, escribe al conde una carta insolente y calumniosa asegurando que Angela era querida de su esposo, con el doble fin de sacrificar éste porque la había abandonado y de hacer indigna aquella á los ojos del mismo conde que la amaba. Eduardo comprendiendo toda la desgracia á que aquella mujer lo había reducido, siente la ira en su pecho en presencia de aquella acción ingrata, llega á donde Margarita y haciéndole ver todos sus crímenes le clava el puñal y la abandona creyéndola muerta. Pero no muere la infeliz, y el odio implacable, el deseo de venganza, la sed de hartarse sangre inocente la atormentan como furias. Sí, ella cree que Angela es la causa de todas sus desgracias y resuelve asesinarla.

La abnegada hermana de la caridad que en los salones de los hospitales como antes en los escenarios de los teatros había conquistado coronas á porfía, recoje una vez del fondo de la miseria aquella vívora llamada Margarita: la libra de la muerte y le proporciona cuanto necesita; pero tan luégo como ella sabe cuya es la mano bondadosa que tantos favores le dispensa, huye y persiste en su empeño

de asesinarla: y á tal grado llega su odio, su pasión infame, que el cerebro se le trastorna y recurre al suicidio: vuelve otra vez á los amorosos brazos de Angela, pero ésta no fué como la anterior. Angela sabía que por depravado que se halle el corazón, por corrompidos que estén los sentimientos, el ser racional es susceptible siempre de corrección, como que su naturaleza es para el bien y no para el mal. Toma pues, por su propia cuenta el trabajo de convertir en mujer útil aquel ser que parecía incorregible y nacido solo para el mal; y, una vez salvadas todas las iras de que era capaz aquel corazón cancerado, lo purifica con su aliento celestial hasta hacer de aquella infeliz una mujer honrada y buena, digna como esposa y excelente como amiga.

Pero Angela cree que aun no ha completado su obra. Eduardo se alistó en las huestes francesas que partían á la sazón para el África á la conquista de aquellos pueblos, donde él creyó encontrar muerte segura:—odiaba ya á Margarita, la mujer que lo había hecho infeliz; amaba cada día más á Angela, pero ese amor era imposible; la vida le era una carga insoportable y quería perderla, pero perderla honrosamente, como el soldado que en los campos de batalla muere defendiendo una causa justa. Angela parte para aquellas abrasadoras regiones tanto para aliviar los dolores de los que sufren como por encontrar á Eduardo para entregárselo á su esposa. La tempestad la amenaza y la hace volver á las playas de la patria, pero carácter firme, de voluntad inquebrantable, insiste y marcha á pesar de todos los ruegos y todas las lágrimas que le piden se quede. Llega, presencia el combate y corre, después del triunfo, á buscar aquel hombre por quien tanto ha sufrido: lo encuentra moribun-

do al lado de un montón de cadáveres, sobre sus heridas derrama el bálsamo de sus lágrimas y lo lleva para asistirlo con todo el esmero de que ella es capaz. Aun no es esto todo. Una vez convaleciente, hace que Margarita llegue también al campamento donde se encuentra Eduardo y reconcilia para siempre dos corazones en los cuales germinaban el odio y la venganza; y Eduardo y Margarita se aman ya como deben amarse los buenos esposos. Angela es la providencia que funde en el amor aquellas dos almas que de hoy más serán felices y dichosas; mientras tanto, ella, mártir de su pasión, concluida su obra, se va por el mundo con su cruz enjugando las lágrimas del desgraciado y llevando por do quiera el consuelo y la esperanza. (Tal es el argumento de la obra).

Aparte del mérito propio del asunto, las descripciones bellísimas donde la poesía desborda en torrentes de sonoras y melodiosas frases; la escena natural y sencilla, donde el diálogo firme y enérgico retrata el alma y la situación de los que toman participio en la obra, demuestran de evidente manera que la "Hermana de la Caridad" es obra que perdurará con gloria y renombre al lado de los tirunfos del eminente orador orgullo del hispano y timbre del latino.

Al escribir las anteriores líneas no hemos tenido la pretensión de hacer un estudio, juicio crítico ni cosa que se parezca, porque para nosotros el genio debe juzgarse únicamente, como alguien ha dicho, con el criterio de la admiración. La causa ó motivo, como dijimos al comenzar, es el haber oído emitir juicios desfavorables sobre una obra que para nosotros tiene mé-

ritos sobrados. Sirva esto de excusa.

ARTURO.

N<sup>o</sup> S. Salvador, 1891.

## MARINA.

(Concluye.)

En el arte de la guerra siempre se atiende al éxito. Una mina que revienta, un torpedo que se lanza sobre el acorazado enemigo y privan de la existencia á centenares, son más aplaudidos y elogiados según el destrozo que hacen. No otra cosa parece suceder con las mujeres que estimuladas por la gloria, ó ya simplemente por no contener su inspiración ó sentimiento los lanzan á la publicidad.

Al aparecer por primera vez el nombre de una escritora, la ignorancia ó la envidia, lanzan sus dardos sobre la que así se atreve á colocarse sobre su nivel, dardos cuyo número estan en proporción del talento que demuestra poseer. Pero si se acostumbra el vulgo á alzar los ojos para verla ya puede contar con que los dardos se convertirán en coronas. Tal como ha sido de ciego el ataque así lo es el elogio. La sonrisa del desprecio, ó el hiriente látigo del ridículo es lo que debe esperar, entre nosotros, toda escritora novel.

La mujer, dicen, como hija debe estar al lado de su anciana madre ayudándola en los quehaceres domésticos; servir de báculo para evitarla que desmaye y caiga en sus postreros y vacilantes pasos, y colocar su cabeza blanqueada por los años en su hombro juvenil.

Como esposa debe esperar solícita en los umbrales de la casa al esposo que olvida al recibir su amoroso beso la vigilia y el trabajo; debe poner todo su empeño en que las necesidades de la vida no estor-

ben las ocupaciones del marido en busca del pan cotidiano; gozar en sus alegrías y llorar en sus pesares.

Como madre debe guiar á sus hijos por la escabrosa senda de la vida quitando del camino los guijarros que podían herirlos, cuando aun no pueden distinguir la buena de la mala vía. Mas tarde enseñarles sus deberes de hijos, esposos y padres.

La mujer podría á su vez hacer el mismo razonamiento respecto del hombre y con mayor razón siendo mayores las obligaciones materiales de éste que las de ella, sobretudo en países no muy adelantados en civilización en los que no se considera la literatura sino como útil entretenimiento. El hombre entre nosotros, es pues más culpable que la mujer al perder su tiempo en entretenimiento tan poco productivo, por más honroso que sea.

Cuando nuestras fuerzas no nos permiten todavía avanzar paso sin ayuda ajena; cuando en nuestro cerebro aun no han penetrado las luces del estudio, ó las que produce la esperiencia; cuando el corazón no late si no es impulsado por las leyes que el Supremo creador ha establecido; cuando no nos ha llenado por primera vez de alegría por el deber cumplido, ni hecho palidecer con el incesante recuerdo una pasada culpa esa voz catoniana que se llama la conciencia, ese ser á quien queremos tiranizar, para quien dictamos severas leyes, cuando no nos merece la ironía ó el desprecio, nos toma de la mano y apartando con sus piés, á veces ensangrantados, por las espinas del camino nos muestra el que pueda conducirnos á la felicidad.

La mujer puede llegar al mismo grado de progreso intelectual que el hombre. Jorge Sand fué la primera novelista de su tiempo; "las novelistas inglesas dominan en la

literatura de su patria y Emilia Pardo Bazán se codea con Juan Valera. Si pues esto es así por qué no dejar á la inseparable compañera de nuestra vida que nos ayude en la magna conquista del progreso?"

Esto nos corresponde más á nosotros que á ellas pero nuestro agradecimiento debe ser mayor. Plutarco coloca moralmente á Demóstenes sobre Cicerón porque aquel estando desterrado prestó importantes servicios á su patria contra Filipo, como diciendo que cumplir con un deber es plausible, pero que se sobrepone aquel que no siendo obligado se muestra leal hasta en la adversidad.

La mujer es débil porque el hombre es fuerte; cuando éste cede la mujer ocupa con brío su lugar. Los disciplinados espartanos retroceden ante Pirro, las espartanas avanzan, y Esparta se salva. Juana de Arco ve los ejércitos franceses arrollados, el pánico pintado en todos los semblantes y cubre su pecho de férrea coraza; trueca el bordón de pastora por la guerrera lanza y salva á la Francia. Tarquino puede corromper los hombres, alzar altares al vicio allí donde existían los de la virtud, pero tendrá que pasar sobre el cadáver de Lucrecia al profanar el templo de la honestidad que le estaba encomendado.

La mujer debe instruirse, no solo por sí, sino también por sus hijos. El estudio dá más luz á la razón y fortifica el cerebro destruyendo ese germen de frivolidad y coquetismo que de otro modo acompaña á la mujer toda la vida. La mujer que estudia ni caerá en las redes del afeminado libertino siendo soltera, ni por un fútil pretesto se desprenderá de los brazos del marido para caer en los del nocturno robador de honras.

La mujer es toda sentimiento.



toda corazón, si no ponemos lastre en su cerebro, no tendrá nada que arrojar para suavizar ó ligerar la caída.

Pues no es injusticia manifiesta el desear mas á la mujer reina del salón que á la que se inclina sobre el libro para no solamente fortalecer, amamantando sino también enseñando?

Y no será mejor guía la mujer que al instinto natural une el raciocinio del estudio para la educación de sus hijos que en la que obra solamente la naturaleza al igual de los animales?

Otros aplauden la instrucción de la mujer, pero no quieren que las impresiones que la lectura les cause sean conocidas del público, es decir, que sean especies de bodegas de las que pueda sacar lo que necesite y cerrar después. Estos mercenarios son peores que los arrojados por Jesús del templo, traficando con la obra más perfecta del Creador. Estos utopistas quieren echar pólvora en una mina y que la explosión no rompa el vidrio colocado encima, ó abonar un terreno y que no produzca nada.

Colocarse al lado de los opositores á la instrucción ilimitada de la mujer, es oponerse al progreso quitándole á sus defensores un auxilio que puede servirles de mucho en un momento dado.

La mujer á quien Dios dote del suficiente talento para colocarse sobre los demás debe compadecer á la envidia que procura mancharla y despreciar á la ignorancia que no la comprende. Marina ha contraído ya un compromiso con su patria al dejarla entrever en ella una esperanza de futura gloria, por eso, aunque otra razón no hubiere, debe continuar en la labor que con tanto brillo ha empezado.

JORGE.

## SOBRE LA MUJER.

La mujer tiene en su corazón un tesoro infinito de ternura; tesoro que se despliega con más fuerza cuando es madre.

\*

El amor al lujo es, casi siempre, la causa que corrompe y prostituye á la mujer; por eso una virtud sincera, es sencilla y modesta.

\*

La mujer que no ama á sus hijos es un monstruo que, cual fenómeno extraordinario, rara vez se presenta en el mundo.

\*

La mujer que ama el trabajo es, por lo general, honrada y buena; mas, la que gusta de la ociosidad, tarda poco en corromperse.

\*

A la mujer debe educársele cristianamente, y procurar inculcarle de un modo firme principios de orden, amor al trabajo y moralidad.

\*

La mujer para agradar debe procurarse, antes que belleza física que es efímera, belleza moral que dura eternamente.

\*

Una esposa verdaderamente buena es rara, y el que la posee es un sér feliz donde quiera; porque tiene en ella un tesoro de inapreciable estima.

\*

La mujer que nos ama de veras es dulce, tierna, condescendiente y, sobre, todo sufrida y obediente.

\*

Los hijos de una mujer virtuosa, son, por lo regular, buenos ciudadanos y un modelo de bellas cualidades. Tal fué Luis IX de Francia, que fué á la vez gran rey y gran santo. Por eso creemos con Severo Catalina que de la buena ó

mala educación de la mujer, pende el bienestar ó infelicidad de las sociedades.

\*

La mujer, cuando es buena, es el consuelo del hombre y la alegría del hogar: cuando es mala, corrompe y amarga la vida de todos los que la rodean.

C. Mixco.

San Salvador, Stbre. de 1891.

### La losa número 13.

#### I

Es reciente esta historia que me refirió una amiga mía de la *ciudad de las brumas* á la luz de la luna en una tibia noche del mes de febrero á orillas del lago de Ilopango...

¡Oh, Lola! quién esa noche hubiera de decirnos que estaba allí marcada la hora última de vernos, de estar juntos y de oír yo tu plática sabrosa. ¡Quién había de decirme que si partía la madrugada de ese día, para volverte á ver, sería necesario abandonar esta tierra de miserias é irte á buscar á la mansión serena de la luz en donde te encuentras ya feliz con tu amigo del alma, Rafael!.....

Si es verdad que los espíritus que gozan de la gloria eterna, vuelven su mirada alguna vez hacia nosotros, ya habrás visto amiga mía, cómo he ido repetidas veces á regar tu tumba con las lágrimas ardientes de mi llanto!

Me acuerdo de Soledad, me dijo, con aquella voz dulcemente melancólica con que embriagaba de placer á todos los que teníamos la felicidad de frecuentar con ella. Era el año de 82 y estábamos aquí de paseo. Soledad era una muchacha alegre, decidora, encantadora, capaz de revivir á un muerto. De ahí el

puñado de enamorados que la perseguían locos, sin descanso, en solitud de una sonrisa de aquellos labios de clavel, ó de una mirada de aquellos quemadores ojos.

De entre todos aquellos amartelados, dos con más encarnizamiento se disputaban la palma de la victoria: Daniel, predilecto de los padres de Soledad, porque era gallardo mozo, bien formado, miembro de acaudalada familia, y Oscar, predilecto de su corazón porque... Soledad no sabía por qué. Ni quién se hace esta pregunta tratándose del ser amado? Se ama porque se ama: esta es la gran razón!

Aquella vez estaba más alegre Soledad que de costumbre. He aquí por qué:

Bogando en un pequeño bote, perdido entre la multitud de otros que blandamente se mecían al compás de la ola voluptuosa, Oscar y Soledad después de mil tiernísimas caricias, habían concertado un plan de bodas para el siguiente día. El, al llegar esa misma noche á la ciudad arreglaría con premura todo, que en estos casos de bodas á hurtadillas es, el sacerdote, los cómplices ó sean los padrinos y los trotones en que deben escapar.

Cómo no había de estar alegre Soledad?

El llegaría por ella á la madrugada para ir al templo, para ponerse luego en marcha y al anochecer... Cómo no había de ser feliz pensando en esas dichas inefables!... En el afán de dar cuanto antes cima á lo proyectado, Oscar al saltar á tierra, dando á su amada el último beso, saltó sobre su potro, y bebiéndose el viento, voló hacia la ciudad llevando el alma henchida de muy legítimo orgullo por el completo triunfo obtenido sobre su rival en la liza del amor.

—Me caso! dice Lola, que murmuró Soledad á sus oídos, de gozo

saltando como un cervatillo; me caso!

Y se casó; solo que en vez de hacerlo con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón, fué con lágrimas en los ojos, transida su alma de dolor.

El día señalado para la boda Soledad esperó en vano.

Oscar desapareció.

## II

El año de 85 después de la hecatombe de Chalchuapa, cuando ni el eco del cañón había dejado de resonar en los cercanos montes, ni disipado el humo de la pólvora; cuando aun se oía el quejido lastimoso de los valientes veteranos postrados en el campo de batalla; esa tarde digo, una mujer vestida de luto penetraba en el Hospital de sangre de la metrópoli de occidente, recinto sagrado á donde acudían las santanecas de grandes almas templadas al calor de la bendita caridad cristiana, á prodigar sus solícitos cuidados á los heridos que al campo del honor volaron creyendo ir en defensa de la patria.

Después de haber recorrido aquel vasto y lúgubre salón, ligeramente deteniéndose de cama en cama, en una del extremo, la mujer de luto que acabamos de ver entrar, paró de súbito, lanzó un ahogado grito de sorpresa y

—Oscar! Oscar! exclamó arrojándose sobre el lecho—Oscar, Oscar, prosiguió como una loca, qué tienes? tú eres, Oscar mío? háblame por Dios, que me parece estar soñando! . . . Pero qué! . . . continuó retrocediendo, he de mostrar amor por el que con una vileza sin igual impiamente se burló de mí, dejándome expuesta á los sarcasmos de la sociedad? No es este el autor de todo el cúmulo de desgracias que han caído sobre mi alma y que me tienen agobiada? sí. . . .

Mas qué hace aquí? Qué hace! quién no se explica? Dios le llevó á la guerra, le hirieron y me le trae aquí diciéndome que es llegada la hora en que yo debo vengarme, . . . y lo haré, Oscar mío, porque te adoro, pero te aborrezco; es el mío como el de Julieta por Romeo, pendenciero amor; amante odío; suma de todo, engendro de la nada; pesada liviandad; vanidad grave; deforme caos de hechiceras formas; pluma de plomo; reluciente humo; helado fuego; robustez enferma; engañoso letargo de desvelos, que no es lo que es, amor en fin de un alma que odia lo que quiere! . . . . Adios! mañana tomaremos juntos la última copa aquí en la tierra para ir á darnos un inmenso abrazo allá á la eternidad! . . . . .

Oscar despertó; pero Soledad, que no es otra, salvaba ya los dinteles de la puerta. La reconoció no obstante, y esa noche deliró con ella.

## III

A la misma hora del siguiente día, Soledad penetraba en el mismo salón del hospital; acercóse al lecho del enfermo y despertóle:

—Oscar. . . . .

— . . . . Soledad, amada mía! tú eres? dame un abrazo, Soledad, voy á morir!

—Yo también, Oscar, y si tal es cierto que deseas abrazarme, toma de este brebaje un tanto y me dejas la mitad.

—Dame—y después que los dos apuraron el veneno,

—Por qué me abandonaste, Oscar? preguntó ella, y continuó: ahora no me dejarás jamás. Por qué me abandonaste, Oscar?

—Soledad, amada mía, cuán desgraciado fuí!

—Cuán desgraciada soy! Oscar, si no me amabas, tampoco debiste engañarme; tanto esperarte en vano; y para ponerme á salvo del es

carnio y las burlas de la sociedad, á que con tu conducta p rfida....

—Oh, no me culpes!....

—A que con tu conducta me dejaste expuesta, hube contra el mío, dando gusto á los deseos de mis padres, que ya murieron, de casarme.....

—Casarte!....

—Con Daniel.....

—Maldición! yo sueño; Soledad, yo le mat . La noche aquella, cuando, con el alma henchida de placer, volaba presuroso soñando en la felicidad que me esperaba cuando Febo en su brillante coche, espléndido asomara   las puertas del alcazar del Oriente pintado de oro y grana, él   maldito sea! siempre mi ave negra, como una furia del averno, arremeti ndome salió   mi encuentro; mas Amor que iba conmigo, cubriome con sus alas, me torn  invisible, disparó, y Daniel cayó rodando al suelo. Por esto hu , por esto te dej ; mas ya que él vive aún, deja Soledad, que me levante y consume mi venganza! Oscar hizo un esfuerzo para levantarse, mas no pudo; cayó presa de una terrible convulsión: el veneno estaba obrando.

Soledad desfalleci  también y rodó delirante sobre Oscar.

.....  
Así se encontraban Oscar y Soledad murmurando palabras casi inarticuladas, pero que parecían frases tiernas amorosas, cuando un hombre descompuesto el traje y lívido el semblante, penetr  en el hospital, y con paso presuroso se encamin  al lecho de aquellos desgraciados moribundos. Era Daniel,   quien dijeron cuando pregunt  en su casa por su esposa, que estaba visitando   un señor Oscar, herido en la recién pasada guerra.

El demonio de los celos se enrosc  en su alma, sed de venganza devor  su corazón, y ya le hemos visto como penetr  en aquel

salón, y o d ahora como el ruido de tres tiros de revólver conmueve aquel lúgubre recinto, de donde al siguiente día salió un triste cortejo acompañando tres cadáveres, los cuales diz reposan bajo la misma losa marcada número 13 en el cementerio de Santa Ana.

A. CASTRO.

San Salvador: 1891.

---

## NOTAS.

---

### HIMNO AL MAESTRO. \*

—  
CORO.

*  Salve, oh mártir, que cifras tu anhelo  
En brindarnos la dicha y la luz,  
Despreciando los goces del suelo  
Por llevar de Maestro la cruz!*

VOZ I.

Aunque indignos, tal vez, de elevarte  
Nuestra voz en tan grato momento,  
Nos lo inspira un filial sentimiento,  
Nos lo manda un sagrado deber.

Porque t , con amor y ternura,  
Hacia el bien nuestro paso encaminas,  
Porque tú nuestra mente iluminas  
Con la c lica luz del saber.

II.

Hoy ofreces tu bella existencia  
De este templo de luz en las aras,  
Y en tu santa labor nos preparas  
Un brillante y feliz porvenir.

T  nos brindas los medios seguros  
Que nos lleven al fin que anhelamos;  
Nos consuelas si tristes lloramos  
Y nos haces más grato el vivir.

III.

T  nos muestras las puertas del cielo  
Al albor de una sana enseñanza:

---

\* La m sica de este "Himno" es compuesta por el inspirado artista italiano don C sare G. Vélez.

Tú nos das la más firme esperanza  
Y nos llenas de fe y de amor.

Tú nos guías, en fin, por el campo  
Más espléndido, hermoso y fecundo  
¡Eres tú nuestro padre segundo,  
Eres tú nuestro amado Mentor!

## IV.

Justo es, pues, si en tan plácido día  
Nuestra férvida voz te elevamos.  
Y una muestra, aunque humilde, te damos  
De filial gratitud y adhesión:

Si en señal de estos puros afectos  
Que sentimos por ti en nuestras almas,  
Te ofrecemos coronas y palmas,  
Bendiciendo, á la vez, tu misión.

## V.

¡Oh Maestro! ¡bendita la mano  
Que, impulsada por santo cariño,  
Asegura los pasos del niño  
En la senda difícil del bien!

¡Sí; ¡bendito mil veces el mártir  
Que atraviesa este mísero suelo  
Consagrando su afán y su celo  
De la dicha del niño al sostén!!

## DOROTEO FONSECA.

—PENSAMIENTOS.—No temas nunca  
de quien habla mal de tí: si eres bueno,  
está fabricando tu gloria el enemigo.

El discreto se pregunta á sí propio la  
causa de sus males: el insensato la pre-  
gunta á otros.

Sed amables con todos, pero no os li-  
guéis sinó con aquellos á quienes po-  
dáis dar la mano. El apretón de manos,  
ese hermoso lenguaje con que ha dotado  
la naturaleza á los hombres, no debe  
profanarse.

—Quien calla no dice nada—  
Cuenta un sabio, en amor ducho;  
Pero es su aserción errada,  
Por que una alma enamorada  
Cuando calla, dice mucho.....

—FILOSOFÍA MENUA.—*Amigos*—Re-  
lojes de sol, que sólo sirven durante el  
buen tiempo.

*Amabilidad*—Tabla de salvación para  
las icas.

*Calumnia*—Carbón que mancha, cuan-  
do no quema.

*Crítica*—Lima que pule lo que muere.

*Envidia*—Torpe homenaje que la in-  
ferioridad tributa al mérito.

*Egoísta*—Ente que tiene el corazón  
en la cabeza.

*Hablar*—Dón que casi todos posee-  
mos: el hablar bien y á tiempo casi nin-  
guno.

*Ignorante*—Ciego que depende del la-  
zarillo que lo guía.

*Ingratitud*—Yedra que mata el árbol  
que la sostiene.

*Ideas*—Capitales que sólo ganan in-  
terés en manos del talento.

*Pobre*—Hombre que nunca tiene razón.

*Rico*—Hombre que siempre tiene razón.

*Vanidad*—Gloria de las almas peque-  
ñas.

## MISCELANEA.

**El 2 del corriente**, á las nue-  
ve de la mañana nuestro, muy que-  
rido amigo y consocio don Fran-  
cisco Dueñas, obtuvo en la Uni-  
versidad Nacional el título de Doc-  
tor en la Facultad de Jurispruden-  
cia. El examen de prueba corres-  
pondió mercedamente á la justa  
fama y á las reconocidas dotes in-  
telectuales del sustentante que,  
reunidas á su aplicación ferviente  
al estudio le han conquistado dis-  
tinguido puesto ya en las aulas del  
colegio, ya en los claustros univer-  
sitarios.

“La Juventud Salvadoreña” con  
tal motivo se encuentra de pláce-  
mes y se enorgullece al considerar  
que uno de sus socios fundadores,  
uno de sus miembros que más ha  
contribuido al sostenimiento de es-  
ta institución y que la han favo-  
recido en su existencia, ya en el  
desempeño de los distintos empleos  
de su régimen interior, ya en el  
cumplimiento de las variadas co-  
misiones que se han relacionado  
de alguna manera con el buen nom-  
bre y el progreso de la sociedad,  
ciña á su frente esa corona de lau-  
reles obtenida á fuerza de constan-  
cia, asiduidad é inteligencia.

Place en extremo admirar las victorias del talento, estimula las actividades el contemplar los triunfos de la perseverancia; pero en el caso presente además de admiración y estímulo, sentimos grata satisfacción porque en medio de tantas muestras de aprecio que ha recibido y recibe el señor Dueñas, ha conservado su modestia, señal inequívoca y prueba evidente del verdadero mérito.

Intérpretes de los sentimientos de nuestros consocios, dirijimos nuestra más respetuosa felicitación á la muy digna y honorable familia del nuevo Académico, y enviamos al amigo y al compañero la cariñosa manifestación de nuestro regocijo, haciendo votos porque las bellas cualidades que le adornan continúen puestas al servicio del perfeccionamiento social en el palenque de la cátedra y en el iluminado estadio de la prensa.

#### “Prosistas Salvadoreños”

Con este título nuestro amigo el inspirado poeta y distinguido escritor don Miguel Plácido Peña, se propone publicar las producciones en prosa de los escritores nacionales. Digno y patriótico es ese empeño de salvar del olvido los trabajos de aquellos que hicieron del saber y del estudio, objetos de todas sus complacencias; de aquellos cuyos timbres de gloria son ahora nuestro orgullo, que dejaron á la posteridad los laureles de sus obras y cuyos triunfos son ahora nuestros triunfos.

La obra, que no dudamos se publicará muy pronto, reviste á demás un carácter de justicia y será una nota más acentuada, un dato más importante que revelará claramente nuestro progreso intelectual. Es, decimos, de justicia, porque los afanes y los esfuerzos de nuestros hombres deben ser de alguna manera recompensados y no

hay mejor recompensa, que el amor de los sucesores para aquellos que han sido la causa principal de su perfeccionamiento.

Ese libro á que el señor Peña ha empezado á dedicar todo su tiempo, toda su actividad y el poderoso caudal de su inteligencia, será como una especie de cadena de ideas que una las costumbres, las leyes y los principios generalizados de distintas épocas, será el registro á que acudirán los hombres del mañana para conocer el grado de adelanto de cada período histórico, será en suma, el monumento grandioso donde queden grabados todos los ideales de varias generaciones, las creencias de distintos corazones, los sentimientos de distintas almas.

Si los aplausos de la amistad nada valen para ciertos seres, si las demostraciones de cariño y asentimiento son tenidos como insignificantes, en el caso presente son irrecusables testimonios de que el pensamiento del señor Peña ha sido objeto del beneplácito general.

Respecto á aquellos que duden de que la obra se lleve á feliz término, los emplazamos para dentro de pocos meses, á efecto de desvanecer sus dudas con la hermosa realización del proyecto, que hoy es objeto de las presentes líneas y que mañana será motivo de regocijo para el patriotismo y hermoso laurel que obtendrá nuestro muy querido amigo Peña.

“Margarita”—Tal es el pseudónimo bajo el cual quiere modestamente ocultarse una apreciableísima é inteligente señorita que por vez primera colabora en las columnas de nuestra humilde publicación. Saludámosla muy respetuosamente, deseándole el éxito más feliz en sus relaciones con las Musas.